

1969:

Días antes del despegue del Apolo 11, Norman Mailer llegó a las instalaciones de la NASA para cumplir con un encargo de la revista Life: escribir sobre la llegada del hombre a la Luna. Empezó escéptico y terminó asombrado. Tanto, que por instantes se olvidó de su ego. Su texto (el más largo que haya publicado la revista) y fotos inéditas de la misión espacial se publicaron esta semana en el libro *Moonfire*, de edición de lujo.

Graciela Marín V.

Hubo un momento en que el ego de Norman Mailer era casi del mismo tamaño y brillo de la Luna. 1969 fue un año clave para ambos: cuando el hombre pisó por primera vez la superficie lunar, Mailer renunció, por primera vez, a su amor propio. Por un momento, se dedicó solamente a mirar y asombrarse.

El autoestima del escritor cinco veces nominado al National Book Award ya estaba algo magullada. Había gastado gran parte de su dinero en financiar películas experimentales y se había lanzado fallidamente como candidato a alcalde de Nueva York. La revista Life le encargó cubrir el evento del siglo: la llegada del hombre a la Luna. La condición era que, esta vez, le sería imposible meterse entremedio y ser el protagonista. Aceptó. Su "despegue filosófico" (y el artículo más largo publicado por Life desde *El viejo y el mar*, de Ernest Hemingway) se republica hoy en *Moonfire*, un libro de lujo, de edición limitada, con

un músculo acalambrado", describe Mailer. Aldrin era un robot fortachón, un maestro de la jerga técnica. Collins, el tercero del equipo, era "cool": "El único con el que te podrías sentar a beber tranquilamente". Qué frustración: ¿Por qué el mejor personaje era, justamente, el que jamás pisaría la Luna?, pensó. Mailer (o más bien su alter ego literario, Aquarius) estaba aburrido.

El VAB (Edificio de Ensamble de Vehículos) lo sacó de su modorra. Era un gigante de 160 metros, que le pareció "la primera catedral de la era de la tecnología". Fue una revelación: "El mundo cambiaría, el mundo ya había cambiado", escribió, mientras que él "había estado aguantando y presionando con su gran ego". En ese instante, Aquarius comenzó a observar como si fuera invisible. Adiós ego, adiós ambición. Y comenzó el miedo: "Una señal de peligro. Sólo los mejores y peores novelistas pueden escribir como si fueran invisibles".

Armstrong tenía dificultad para mostrar sentimientos. "Era más apretado que un músculo acalambrado", escribió Mailer.

fotos inéditas de la misión espacial.

Once días antes de partir

La primera vez que Mailer vio a los astronautas estaban detrás de un vidrio, aislados de toda infección y "persona no esencial". "Estaban ahí para contestar preguntas sobre un fenómeno que 10 años antes se hubiera considerado indigno de una conversación seria. (...) Iban a hablar de su viaje a la Luna", anotó Mailer, con escepticismo.

Esperaba ver héroes. No encontró nada parecido. Armstrong, comandante del Apolo 11, tenía dificultad para articular una oración y mostrar sentimientos. "Era más apretado que

Mientras, todo en la NASA exudaba seguridad. El creador del cohete Saturn V, Wernher von Braun, aseguraba que "llegar a la Luna sería el mayor evento en la historia desde que la vida acuática había subido a la tierra". Mailer, obsesionado con Dios, anotó: "Pasa por encima del nacimiento y muerte de Cristo". Y reflexiona: "El hombre está viajando a los planetas para poder buscar a Dios. ¿O era para destruirlo?".

El día del despegue, Mailer tiene prohibido estar cerca de la nave. No le queda otra que esperar junto a la



Izq. a der, Buzz Aldrin (Piloto del Módulo Lunar), Michael Collins (Piloto del Módulo de Comando) y el comandante Neil Armstrong.

el año de la odisea



5, 4, 3, 2, 1...

Debido a la distancia desde la que miraba el despegue, el sonido se demoró 6 segundos en llegar hasta Mailer. Antes de eso, era como si la nave se levantara en silencio, por arte de magia. "Parecía un milagro, más que un fenómeno mecánico", escribió.



Detrás de escena

1. Los trajes espaciales de las naves Mercury no servían para estar en la Luna. Acá, la prueba de un nuevo prototipo, en 1962.
2. Joan, esposa de Buzz Aldrin, durante la transmisión del aterrizaje en la Luna. No se atreve a mirar la pantalla.
3. Días antes del regreso. Un ensayo del rescate de los astronautas al volver a la Tierra, zambulléndose en el mar.

muchedumbre de gente corriente. En los últimos momentos de la cuenta atrás, se pregunta si, después de tanto escándalo, el famoso despegue será gran cosa. 8,9 segundos después, dos cuernos de fuego estallan desde la base del cohete. La nave se eleva y, debido a la distancia, sólo seis segundos después se escucha el ruido de los motores. Hasta entonces, era como si el bólido se levantara por arte de magia. "El despegue parecía más un milagro que un fenómeno mecánico", observó, anonadado.

Para el aterrizaje, Mailer esperó la transmisión del "clímax de la mayor semana desde que Cristo nació" en la sala de cine de la NASA. La señal era pésima. Apenas se veía Armstrong, "Nadie realmente lo escuchó decir 'Un pequeño paso para un hombre, un gran salto para la humanidad', y nadie realmente lo vio dar el paso", escribe. Duda de que Armstrong lo haya pensado por sí mismo. Sospecha del lenguaje Von Braun.



Moonfire

Norman Mailer

Taschen

US\$ 1.000

Sólo 1969 ejemplares.

Llegaría a Chile en agosto.

REVISLA LA GALERÍA DE IMÁGENES EN
latercera.com

La primera misión de Armstrong era buscar una roca y guardarla en su bolsillo. "Si algo inesperado ocurría, si el abominable hombre de las nieves emergía (...) si por alguna razón tenían que volver al Lem y despegar abruptamente, al menos volvían a la Tierra con una roca", explicó. Pero Armstrong, en un inesperado arranque de humanidad, estaba fascinado sacando fotos, como un turista. Tanto Aldrin como Houston insistieron en que siguiera las órdenes. "Está bien!", contestó Armstrong. La prensa rió a carcajadas. Sobre la Luna, Armstrong y Aldrin son un verdadero dúo cómico, anotó Mailer.

Hora y media después, todo se volvía rutinario. Antes de que se terminasen las transmisiones, la mayoría de la prensa se había ido. "Era audiencia del siglo XX, después de todo", explica Mailer, quien resume así la experiencia de su alter ego Aquarius: "Fue el evento de su vida, pero fue un evento aburrido".

Columna

¡Maldito seas, Neil Armstrong!

Por Ted Gioia

Esta semana, hace 40 años, los escritores de ciencia ficción fueron celebridades de los medios de comunicación. Cuando Neil Armstrong pisó la superficie de la Luna, el 21 de julio de 1969, su "gigantesco salto para la humanidad" no sólo cumplía la promesa del Presidente Kennedy de realizar una expedición lunar antes de finalizar la década, también validaba los sueños estrellados de una legión de escritores de ficción.

Mucho antes de que se fundara la Nasa, el ABC de la ciencia ficción (Asimov, Bradbury, Clarke) y otros narradores habían escrito crónicas de la exploración del universo en obras de ficción imaginativa. El día del alunizaje, Arthur C. Clarke dijo que la misión espacial era un "pago a cuenta del futuro de la humanidad". La cadena ABC juntó a Asimov y Frederik Pohl, dos veteranos de la ciencia ficción, y Ray Bradbury, que

ficción. Con la conclusión del programa Apolo, la Nasa se convirtió en una agencia más burocrática que heroica. Es revelador que el desastre del Challenger, de 1986, fue el siguiente momento en que los cohetes espaciales conquistaron la atención del público general.

Seamos honestos, los escritores de ciencia ficción son muy parecidos a quienes hacen pronósticos en las bolsas de comercio. Cuando sus predicciones se vuelven realidad, todos los escuchan. Pero cuando los pronósticos yerran completamente, la audiencia desaparece. Tantas y tantas de sus historias (sobre viajes en el tiempo, telepatía, invasiones alienígenas, holocaustos nucleares) nunca se hicieron realidad (¡a Dios gracias!).

Por estos días, la ciencia ficción está experimentando un cierto regreso, pero la Luna tiene un bajo perfil en estos esfuerzos de renovación. El establishment literario ha descubierto a Phillip

Con el alunizaje termina la gloria de los autores de ciencia ficción. Ya en los 80, cuando se hablaba de "caminar en la Luna", pensábamos en el baile de Michael Jackson.

siempre se había inclinado más por Marte que por la Luna en sus escritos, probó ser el aguafiestas del día: abandonó la Moon Party de David Frost, un peculiar menaje televisivo británico que juntó la cobertura noticiosa con entretención extraña. Sin embargo, ante la CBS declaró: "Este es un esfuerzo que se volverá inmortal. Llearemos nuestra semilla al espacio y la plantaremos en otros mundos y después nunca tendremos que volver a hacernos la pregunta sobre la muerte".

Las grandiosas predicciones que se hicieron ese día mostraron ser prematuras, por decir lo menos. Aunque el programa Apolo fue un éxito, se convirtió en el fin de las expediciones lunares tripuladas y no en el comienzo de una nueva era en la exploración espacial. Quién habría adivinado que después de Apolo 17, en 1972, no habría más astronautas que volverían a viajar a la Luna. Un ejemplo de cuán rápido cambiaron las cosas: una década más tarde, cuando la gente hablaba de caminar en la Luna, habitualmente se refería al paso de baile de Michael Jackson.

Con el beneficio de la retrospectiva, deberíamos admitir que el alunizaje del Apolo 11 fue el fin de los días de gloria de la ciencia

K. Dick. Sus novelas están ahora incluidas en The Library of America, y él representa un impactante caso de estudio sobre cómo un autor alguna vez despreciado puede rehabilitarse. Pero es revelador que Dick rara vez haya necesitado naves espaciales para hacer funcionar su magia. Mientras sus pares estaban imaginando viajes a la Luna durante los 60, Dick se dio cuenta de que existían otras formas de hacer un viaje, unas que venían empaquetadas en pequeñas botellas o sobres. Sus conceptos de "realidad alternativa" se han sostenido en pie bastante tiempo después de que la exploración espacial se volviera añeja.

Aun así, es difícil para los fans de la ciencia ficción ver la Luna llena y desecharla como una causa fracasada. Ha sido un camino cuesta abajo por 40 años, pero no se necesitaría mucho para cambiar las cosas. Creo que se puede afirmar con seguridad que si alguna vez enviamos a un equipo de astronautas a Marte o más allá, la Nasa y sus proveedores no serán el único sector de la economía que tendrá un impulso. Unos pocos soñadores que estarán trabajando duro en sus procesadores de texto podrían obtener unos cuantos minutos de fama.

Periodista norteamericano y crítico de literatura y música. Autor de *The history of jazz*. Esta columna, de la que ofrecemos una versión editada, salió publicada en el sitio web www.conceptualfiction.com